



LEV GROSSMAN

LA TIERRA DEL MAGO

Quentin Coldwater ha sido expulsado de Fillory, la tierra mágica secreta de sus sueños de infancia. Sin nada que perder, regresa al lugar donde empezó su historia, la escuela de magia Brakebills. Sin embargo, no puede esconderse de su pasado, y este no tarda en acudir en su busca.

Junto con Plum, una joven y brillante estudiante que guarda su propio, oscuro secreto, Quentin parte por una senda tortuosa a través de un territorio de magia gris y personajes desesperados. Pero todos los caminos llevan a Fillory, y su nueva vida lo conduce a viejos santuarios como la Antártida y a secretos sepultados y viejos amigos que creía haber perdido para siempre.

Quentin desvela la clave de una obra maestra de la hechicería, un encantamiento que podría crear una utopía mágica, un nuevo Fillory, pero lanzar ese hechizo pondrá en marcha una cadena de sucesos que lo llevarán a arriesgarse a sacrificarlo todo.

Para Halcyon

ESTRAGON. Siempre encontramos algo que nos da la impresión de que existimos, ¿eh, Didi?

VLADIMIR. (*Impaciente.*) Claro que sí, claro que sí, somos magos.

SAMUEL BECKETT,
Esperando a Godot

1

La carta hablaba de reunirse en una librería.

No era la mejor noche para eso: primeros de marzo, llovizna y frío, pero no tanto frío como para que nevara. Tampoco se trataba de una gran librería. Quentin pasó quince minutos observándola desde una parada de autobús, al borde del aparcamiento desierto, mientras la lluvia repique-teaba en el tejadillo de plástico y hacía brillar el asfalto bajo las farolas. No era ninguna de esas librerías con encanto, extravagantes, con un gato de pelo anaranjado en el alféizar, un estante de primeras ediciones raras firmadas y un propietario excéntrico y barbudo detrás del mostrador. Era solo una sucursal de una cadena de librerías en un centro comercial, encajonada entre un salón de manicura y una tienda de disfraces Party City, a veinte minutos de Hackensack, en la autopista de peaje de Nueva Jersey.

Satisfecho, Quentin cruzó el aparcamiento. El enorme cajero barbudo no levantó la mirada de su teléfono cuando sonó el avisador al abrirse la puerta. Dentro, todavía se oía el ruido de coches en la autopista mojada, como largas tiras de papel arrancándose, una tras otra. El único toque inesperado era una jaula situada en una esquina, pero donde esperarías ver en su interior un loro o una cacatúa te encontrabas con un ave gorda, de un azul casi negro. Tan poco encanto tenía esa librería: había un cuervo en una jaula.

A Quentin no le importó. No dejaba de ser una librería. Se sentía como en casa en las librerías, y no había saboreado mucho esa sensación últimamente. Iba a disfrutarla. Pasó junto a los exhibidores de tarjetas de felicitación y calen-

darios de gatos hasta la zona donde estaban los libros, mientras sus gafas iban empañándose y su abrigo goteaba en la fina moqueta. No importaba en qué lugar te encontraras, si estabas en una sala llena de libros, estabas al menos a mitad de camino de casa.

La librería debería haber estado vacía, siendo casi las nueve en punto de una noche de jueves fría y lluviosa, pero en cambio seguía medio llena. Los clientes curioseaban el contenido de los estantes en silencio, cada uno por su lado, vagando lentamente por los pasillos como sonámbulos. Una chica de rostro alargado con un corte de pelo estilo *pixie* estaba leyendo Dante en italiano. Un chico alto de ojos grandes y curiosos que no tendría más de dieciséis años permanecía absorto en una obra de teatro de Tom Stoppard. Un negro de mediana edad de pómulos menudos y delicados estaba mirando las biografías a través de gafas gruesas e iridiscentes. Alguien casi habría pensado que habían venido a comprar libros. Pero Quentin sabía que no era así.

Se preguntó si el asunto resultaría obvio, si se enteraría al momento o si habría algún truco. Si lo tendrían en suspenso. Se estaba acostumbrando a ser perro viejo —cumpliría treinta este año—, pero ese juego en particular era nuevo para él.

Al menos, se estaba calentito dentro. Se quitó las gafas y las limpió con un paño. Se las había comprado un par de meses antes. Eran el precio de una vida de leer letra pequeña, y todavía constituían una presencia un tanto extraña en su rostro: un parabrisas entre él y el mundo, siempre resbalándole por la nariz y manchándose cuando se las volvía a subir. Cuando se las puso de nuevo reparó en una joven pecosita de una belleza sencilla. Estaba de pie en un rincón, hojeando un volumen de aspecto grande y caro, como los libros de arquitectura. Grabados de Piranesi: enormes cámaras y sótanos y prisiones misteriosas con grandes ingenios de madera.

Quentin la conocía. Se llamaba Plum. Ella sintió que la estaba mirando y levantó la cabeza, enarcando las cejas con expresión de sorpresa, como si dijera: «¿Bromeas? ¿Tú también estás metido en esto?»

Quentin negó con la cabeza, muy levemente, y apartó la mirada, esmerándose en mantenerse inexpresivo. No quería decir: «No, no estoy en esto, solo he venido por las originales tazas de café y sus comentarios mordaces sobre las pequeñas ironías de la vida cotidiana.» Lo que quería decir era: «Simulemos que no nos conocemos.»

Daba la impresión de que iba a tener un rato libre, de manera que se unió a los que hojeaban, examinando los lomos en busca de algo para leer. Los libros Fillory estaban allí, por supuesto, en los estantes de la sección para jóvenes adultos, con una nueva presentación y una nueva imagen, con nuevas cubiertas muy logradas que les conferían el aspecto de novelas románticas sobrenaturales. Pero Quentin no podía enfrentarse a ellos en ese momento. Esa noche no, ahí no. Prefirió coger un ejemplar de *El espía que llegó del frío* y pasar diez satisfactorios minutos en un puesto de control del gris Berlín de los años cincuenta del siglo XX.

—¡Atención, clientes de Bookbumpers! —dijo el cajero por megafonía, aunque la librería era lo bastante pequeña para que Quentin pudiera oír perfectamente su voz sin amplificar—. ¡Atención! ¡Bookbumpers cerrará en cinco minutos! ¡Por favor, hagan sus selecciones finales!

Quentin devolvió el libro a su lugar. Una mujer mayor con una gorra que parecía que ella misma había tejido se compró un ejemplar de *La plenitud de la señorita Brodie* y salió a la oscuridad de la noche. Una menos. El chico delgado que había acampado con las piernas cruzadas en la sección de novelas gráficas, devorándolas, se marchó sin comprar nada. Así que él tampoco. Un tipo alto, de aspecto campechano, con pelo de Cro-Magnon y cara de palo que había estado estudiando con escurpulosidad las tarje-

tas de felicitación, claramente meditando en exceso su decisión, al final compró una. Pero no se marchó.

A las nueve en punto, el cajero cerró la puerta con llave con un tintineo final y fatídico, y de repente Quentin se convirtió en un manojo de nervios. Estaba en una noria y la barra de seguridad había caído, y ya era demasiado tarde para bajarse. Respiró profundamente y torció el gesto, pero los nervios no desaparecieron. El ave movió los pies en las semillas y excrementos del suelo de su jaula y chilló una vez. Fue un chillido solitario, de los que escucharías si estuvieras en una zona inundable bajo la lluvia, perdido, mientras anocheecía con rapidez.

El cajero caminó hasta la parte trasera de la tienda —tuvo que pedir permiso para pasar junto al tipo de las gafas iridiscentes— y abrió una puerta metálica en la que un cartel advertía RESERVADO AL PERSONAL.

—Por aquí.

Sonó aburrido, como si lo hiciera cada noche, que por lo que Quentin sabía bien podía ser el caso. Al verlo de pie, Quentin se dio cuenta de que era realmente enorme: unos dos metros de estatura y tórax muy ancho. No supermusculoso, pero de hombros amplios y con esa aura de lenta inexorabilidad que los hombres grandotes poseen de manera natural. Su rostro era perceptiblemente asimétrico: sobresalía en un lado, como si se hubieran pasado un poco al inflarlo. Parecía una calabaza.

Quentin ocupó el último lugar de la fila. Contó otros ocho, todos ellos mirando a su alrededor con cautela y prestando exagerada atención a no empujarse unos a otros, como si pudieran explotar por el contacto. Usó un pequeño hechizo de revelación para asegurarse de que no había nada raro en la puerta; juntó el pulgar y el índice y colocó la mano delante del ojo como si fuera un monóculo.

—No hay magia —dijo el cajero. Chascó los dedos mirando a Quentin—. Eh, tío. No hay hechizos. No hay magia.

Varios de los presentes volvieron la cabeza.

—¿Perdón?

Quentin se hizo el tonto. Ya nadie lo llamaba «majestad», pero no creía que estuviera preparado para responder a «tío». Finalizó su inspección. Era una puerta y nada más.

—Déjalo ya. No hay magia.

Tentando su suerte, Quentin se volvió y examinó al cajero. A través de la lente vio algo pequeño que brillaba en su bolsillo, un talismán que podría haber estado relacionado con el rendimiento sexual. El resto del hombre también brillaba, como si estuviera cubierto de algas fosforescentes. Raro.

—Claro. —Bajó las manos y la lente desapareció—. Ningún problema.

Alguien llamó golpeando con los dedos la ventana. Apareció una cara, indistinguible a través del cristal húmedo. El cajero negó con la cabeza, pero fuera quien fuese llamó otra vez, más fuerte.

El cajero suspiró.

—Qué demonios...

Abrió la puerta de la librería y, tras una discusión susurrada, dejó entrar a un hombre de veintitantos años, empapado, con la cara colorada pero por lo demás atractivo al estilo de un comentarista deportivo, vestido con un cortavientos que era demasiado ligero para el tiempo. Quentin se preguntó dónde habría conseguido ponerse moreno en marzo.

Todos entraron en el cuarto de atrás. Era más oscuro de lo que Quentin esperaba, y también más grande; las propiedades inmobiliarias debían de ser baratas tan cerca de la autopista. Había estantes de acero llenos de libros con etiquetas de colores fluorescentes; un par de escritorios en un rincón, las paredes de delante de ellos cubiertas de horarios de turnos y tiras cómicas del *New Yorker*; pilas de cajas de cartón; un sofá roto; un sillón roto; una neverita (seguramente también se usaba como sala de descanso). La mitad del espacio estaba desaprovechado. La pared poste-

rior era en realidad una persiana de acero que se abría a un muelle de carga.

Por otra puerta situada en la pared de la izquierda estaba llegando otro grupito de personas, con aspecto igual de cauteloso. Quentin vio otra librería detrás de ellos, una más bonita, con viejas lámparas y alfombras orientales. Tal vez también tenía un gato de pelo anaranjado. No necesitaba magia para saber que no se trataba de una puerta, sino de un portal a algún otro lugar, situado a una distancia arbitraria. Allí: encontró una reveladora juntura de luz verde, fina como un pelo, a lo largo de uno de los bordes. En la realidad, la única cosa que había detrás de esa pared era el Party City.

¿Quiénes eran todos ellos? Quentin había oído hablar de números como ese antes, pruebas del mercado gris de la magia, prestación de servicios, pero nunca había visto nada igual. Desde luego, jamás había pensado que asistiría a algo así, ni en un millón de años. Que terminaría allí. Esa clase de cosas era para gente en la periferia del mundo mágico, gente que buscaba entrar, o aquellos que de una forma o de otra habían perdido pie y se habían deslizado desde el brillante y cálido centro de las cosas hasta los márgenes fríos del mundo real. Hasta una librería en Hackensack en un día lluvioso. Nada de todo aquello era para gente como él.

Sin embargo, allí estaba. Allí había terminado. Era uno de ellos, esa era su gente. Seis meses antes era rey en una tierra mágica, en otro mundo, pero todo eso había acabado. Lo habían echado de Fillory, y le habían hecho dar muchas vueltas desde entonces, y se había convertido en otro esforzado luchador, hosco y desesperado, tratando de volver a subir por la pendiente resbaladiza, otra vez hacia la luz y la calidez.

Plum y el hombre de gafas iridiscentes se sentaron en el sofá. Cara Colorada eligió el sillón roto. Peinado Pixie y el adolescente lector de Stoppard se sentaron en cajas. El res-

to se quedó de pie: eran doce, trece, catorce en total. El cajero cerró la puerta gris situada detrás de ellos, eliminando así el último ruido del mundo exterior, y apagó el portal.

Había llevado la jaula con él; la colocó encima de la caja de cartón y la abrió para dejar salir al cuervo. El animal miró a su alrededor, sacudiendo primero una pata y luego la otra, como suelen hacer las aves.

—Gracias a todos por venir —dijo el cuervo—. Seré breve.

Aquello no se lo esperaba nadie. A juzgar por la oleada de estupefacción que recorrió la sala, Quentin no fue el único sorprendido. No se encuentran muchas aves que hablen en la Tierra, eso era algo más propio de Fillory.

—Estoy buscando un objeto —dijo el ave—. Necesitaré ayuda para obtenerlo de sus propietarios actuales.

Las lustrosas plumas del cuervo brillaron levemente bajo la luz cenital. Su voz resonó en el almacén medio vacío. Era una voz suave, afable, en absoluto ronca como se esperaría de un cuervo. Sonaba incongruentemente humana; aunque era un habla sintetizada, que no tenía nada que ver con su aparato fonador real. Pero eso era la magia.

—Así que hemos de robar —dijo un tipo indio.

No lo dijo como si le importase, solo quería una aclaración. Era mayor que Quentin, de cuarenta años quizá, con calva incipiente y vestido con un jersey de lana espantosamente multicolor.

—Robar —dijo el pájaro—. Sí.

—¿Recuperar o robar?

—¿Qué diferencia hay?

—Solo me gustaría saber si somos los malos o los buenos. ¿Quién de vosotros posee un derecho legítimo sobre el objeto?

El ave ladeó la cabeza en ademán reflexivo.

—Ninguna de las partes tiene un derecho completamente válido —dijo—. Pero si eso cambia algo, nuestro derecho es superior al de ellos.

Eso pareció satisfacer al indio, aunque Quentin se preguntó si habría tenido algún problema en caso contrario.

—¿Quién eres tú? —dijo alguien en voz alta.

El ave no hizo caso.

—¿Cuál es el objeto? —preguntó Plum.

—Te lo contarán después de que aceptes el trabajo.

—¿Dónde está? —preguntó Quentin.

El ave desplazó el peso del cuerpo de atrás hacia delante.

—Está en el noreste de Estados Unidos de América. — Medio extendió las alas en lo que podría ser un encogimiento de hombros de un ave.

—Así que no lo sabes —dijo Quentin—. Vamos, que encontrarlo forma parte del trabajo.

El ave no lo negó. Peinado Pixie se echó hacia delante, lo cual no era fácil en el sofá de respaldo roto, y menos con una falda tan corta. Tenía el cabello negro con reflejos violetas, y Quentin se fijó en un par de tatuajes de estrellas azules que asomaban de sus mangas, de los que te haces en un piso franco. Se preguntó cuántos más tendría debajo. También se preguntó qué había hecho para terminar allí.

—Así que vamos a buscar y vamos a robar y supongo que probablemente lucharemos en medio. ¿Qué clase de resistencia esperas?

—¿Puedes ser más concreta?

—Seguridad, cuánta gente, quiénes son, si son temibles. ¿Es bastante concreto?

—Sí. Esperamos dos.

—¿Dos magos?

—Dos magos, además de algún miembro del personal civil. Nada extraordinario que yo sepa.

—¡Que tú sepas! —El hombre de cara colorada soltó una risotada ruidosa. En un examen posterior parecía un poco loco.

—Sé que han sido capaces de situar un vínculo incorporado en el objeto. Hay que romper el vínculo, obviamente.

A esta afirmación siguió un silencio atónito, luego alguien soltó un suspiro de exasperación. El hombre alto que había estado comprando tarjetas de felicitación resopló como diciendo: «¿Puedes creerte esta mierda?»

—Se supone que son irrompibles —dijo Plum con frialdad.

—¡Nos estás haciendo perder el tiempo! —exclamó Gafas Iridiscentes.

—Nunca se ha roto un vínculo incorporado —dijo el ave, sin preocuparse lo más mínimo, ¿o tenía las alas ligeramente alborotadas?—. Pero creemos que en teoría es posible con las aptitudes adecuadas y los recursos pertinentes. Tenemos todas las capacidades que necesitamos en esta sala.

—¿Qué pasa con los recursos? —preguntó Peinado Pixie.

—Los recursos pueden obtenerse.

—Así que también forma parte del trabajo —dijo Quentin. Contó con los dedos—. Obtener los recursos, encontrar el objeto, romper el vínculo, apoderarse del objeto, ocuparse de los propietarios actuales. ¿Correcto?

—Sí. El pago es de dos millones de dólares para cada uno, en efectivo o en oro. Cien mil dólares esta noche, el resto una vez que tengamos el objeto. Tomad vuestras decisiones ahora. Tened en cuenta que, si rechazáis el trabajo, no podréis hablar de la reunión de hoy con nadie.

Satisfecho de haberlo dejado claro, el ave revoloteó para posarse en lo alto de su jaula.

Era más de lo que Quentin había esperado. Probablemente en este mundo un mago tenía formas más fáciles y seguras de ganar dos millones de dólares, pero no había muchas que fueran tan rápidas o que tuviera justo delante. El dinero no lo era todo en el mundo mágico, pero había veces en que necesitabas algo de efectivo y esa era una de ellas. Tenía que volver a estar en la cresta de la ola. Tenía trabajo que hacer.

—Quien no esté interesado, por favor, que se marche ahora —dijo el cajero.

No cabía duda de que se trataba del lugarteniente del ave. Tendría unos veinticinco años. Su barba negra y enmarañada le cubría el mentón y el cuello.

El Cro-Magnon se levantó.

—Buena suerte. —Resultó que tenía un fuerte acento alemán—. Vais a necesitar esto, ¿eh?

Lanzó la tarjeta de felicitación en medio de la sala y se marchó. La tarjeta aterrizó boca arriba: MEJÓRATE PRONTO. Nadie la recogió.

Alrededor de un tercio de los ocupantes de la sala se fueron con él, en busca de otras oportunidades y mejores ofertas. Quizás esa no era la única convocatoria que había en la ciudad esa noche. Pero era la única que Quentin conocía, y no se marchó. Observó a Plum, y Plum lo observó a él. Ella tampoco se marchó. Estaban en el mismo barco, ella también estaba desesperada.

El tipo de cara colorada se quedó contra la pared, junto a la puerta.

—¡Hasta luego! —dijo a cada persona que pasaba a su lado—. Adiós.

Cuando todos los que decidieron irse se hubieron marchado, el cajero cerró la puerta otra vez. El grupo se había reducido a ocho: Quentin, Plum, Pixie, Cara Colorada, Gafas Iridiscentes, el adolescente, el indio y una mujer de cara larga con un vestido suelto y un rizo de pelo blanco sobre la frente; los dos últimos habían entrado por la otra puerta. El ambiente era incluso más silencioso que antes, y la sala transmitía una extraña sensación de vacío. Aquellos debían de ser las auténticas sobras, los restos de los restos.

—¿Eres de Fillory? —preguntó Quentin al ave.

Eso recibió unas risas de aprecio, aunque él no estaba bromeando y el ave no rio. Tampoco le respondió. Quentin no podía interpretar su rostro; como todas las aves, solo tenía una expresión.

—Antes de avanzar más, cada uno de vosotros debe superar una sencilla prueba de fortaleza y capacidad mágicas —anunció el ave—. Lionel, aquí presente —añadió refiriéndose al cajero—, es experto en magia de probabilidad. Cada uno de vosotros jugará una partida de cartas con él. Si ganáis, habréis pasado la prueba.

Hubo algunos ruidos contrariados ante esta nueva revelación, seguidos por otra ronda de discretas miradas mutuas. Por la reacción, Quentin supuso que no se trataba de una práctica estándar.

—¿Cuál es el juego? —preguntó Plum.

—El juego es la Ofensiva.

—Estás de broma —dijo Gafas Iridiscentes, con indignación—. ¿De verdad no sabes nada de nada?

Lionel había sacado un mazo de cartas y las estaba barajando y partiendo con fluidez, sin mirarlas, con rostro inexpresivo.

—Sé lo que pido —dijo el ave con frialdad—. Sé que estoy ofreciendo mucho dinero por ello.

—Bueno, no he venido aquí a jugar. —El hombre se levantó.

—¿Y a qué demonios has venido? —preguntó Pixie con desparpajo.

—Puedes irte cuando quieras —dijo el ave.

—Pues es muy posible que lo haga.

Caminó hasta la puerta y puso la mano en el pomo, como si esperara que alguien lo detuviese. Nadie lo hizo. Salió y la puerta se cerró a sus espaldas.

Quentin observó a Lionel barajar. Resultaba obvio que el hombre sabía manejar un mazo; las cartas saltaban a su alrededor en sus manos largas, de manera limpia y clara. Tenía la destreza de un profesional. Quentin pensó en el examen de ingreso a Brakebills, ¿cuándo fue? ¿Hacía trece años? No había estado demasiado orgulloso de enfrentarse a un examen entonces. Y desde luego que no lo estaba ahora.